CANDELARIO OBESO

POR

JUAN DE D. URIBE Y ANTONIO J. RESTREPO.

BOGOTÁ
IMPRENTA DE VAPOR DE ZALAMEA HERMANOS.
1886

CANDELARIO OBESO

POR

JUAN DE D. URIBE Y ANTONIO J. RESTREPO

Biblioteca Colombiana, Bogotá. Tamayo.

BOGOTÁ
IMPRENTA DE VAPOR DE ZALAMEA HERMANOS.
1886

Storage
304

CANDELARIO OBESO.

ÍNTIMO.

Mi pobre amigo tenía la inocente vanidad de creerse muy amado de las mujeres y esta preocupación le ocasionó las más dolorosas contrariedades. Mantenía sobrexcitados los sentidos y pronto el pecho para recibir impresiones amorosas; deleitábase en fantasías eróticas y en proyectos conyugales casi siempre inverosímiles. Bajo su piel negra la sangre se incendiaba con los deseos, y tenía necesidad de todo el dominio sobre sí mismo para no extraviarse ó enloquecerse. Le sucedía que un capricho, la sombra siquiera de un sueño, tomaban á sus ojos cuerpo, crecían más, y desde entonces le dominaban con el imperio absoluto de las ideas únicas. Y como disponía de talento, de muy buen gusto artístico y de una estrepitosa alegría cerca á sus amigos, los incidentes diarios de su vida eran el pábulo de nuestras conversaciones cuando fumábamos y bebíamos, en la mesa del festín, ó en las

horas plácidas de confidencias sosegadas. Cada período de la vida de Obeso se señalaba por un romance singular que pronto era del dominio del público, porque él aborrecía los secretos y de sus aventuras no dejaba ninguna parte inédita. Tenía por indignos los pensamientos solitarios, y, además,—esto hay que perdonárselo,—creía á los otros muy interesados en su propia historia. Con frecuencia me preguntaba formalmente:—¿Qué dice el público de mí?

Traté á Candelario por primera vez en 1878. Después de terminadas las clases diarias en San Bartolomé, salía á pasearme al atrio de la Catedral con algunos condiscípulos. El año era borrascoso, porque un nuevo círculo político venía al poder, en medio del clamoreo confuso y ardiente que alzan las parcialidades cuando se alternan en el mando. Los recién venidos al Gobierno representaban únicamente el ciego talión, aunque proclamaran nuevas prácticas administrativas y diversa aplicación de principios. En un periódico que inspiraba Lino Ruiz, se recomendó la represalia sin ningun escrúpulo y se alzó el puño colérico sobre las más eminentes personalidades de la política. El doctor Manuel Murillo fué escarnecido en *La Camarilla* por plumas oscuras, cuando el viejo lidiador perdía aparentemente su influencia. Murillo

no sentía en la piel las heridas que sus enemigos creían hacerle incurables, y yo recuerdo su imperturbable ceño ante las injurias, en el retiro de su casa, que me traía á la memoria el toro bravío en el sesteadero que no se inquieta por el ruido de las moscas. La tarde á que me refiero, Obeso se paseaba con botas altas, un fuete en la mano derecha y en la izquierda, apretados, un montón de papeles impresos. Su continente y su fisonomía no cambiaron después: alto y nervudo; con los hombros pronunciados; el cuerpo derecho, casi vertical sobre el pavimento; el rostro huesoso y enjuto; los labios gruesos; la nariz chata, sin ser aplastada; los ojos pequeños y pardos, un poco saltados; la frente muy comprimida en las sienes, donde las arterias descubrían sus latidos, y adelante prominente, cónica, prolongada hacia arriba en forma de cápsula. Sobre la cabeza el cabello como un morrión, alto, abundante, en anillos apretados; una lujosa cabellera de mulato. Lo había visto, pero jamás lo había tratado. Fuése hacia el grupo de estudiantes y alargando á cada uno de nosotros una hoja, nos dijo:

—Es preciso que la canalla respete al genio. Jóvenes: el valor es un dón raro, pero es más raro todavía saberlo emplear con provecho.

Se alejó y leímos la hoja, que era un reto

á Lino Ruiz, en la cual le hacía un formal desafío para esa tarde y le prometía darle con las suelas de las botas en el atrio de la Catedral, como castigo á sus intemperancias de lenguaje con el doctor Murillo.

Obeso idolatraba á este grande hombre, y le correspondía Murillo con un afecto paternal. Le prodigaba su apoyo munificente, y, sin dejar de darle provechosos consejos para su vida y el lustre de su carrera, reía y celebraba sus travesuras, aunque le costaran á su bolsa un poco caras. En cierta ocasión le sirvió de fiador en un banco por una cantidad que debía reembolsarse pasados tres meses. Cuando se cumplió el plazo, el poeta, que jamás tuvo dinero á fechas precisas, se encontró sin un solo centavo. En este aprieto fuése directamente al Banco:

—Señor, dijo al Gerente: sírvase hacer avisar al doctor Murillo que hoy se cumple el plazo de mi deuda y que mi firma está comprometida.

Murillo rió de la ocurrencia y mandó inmediatamente al Banco el capital y los intereses. El crédito de Candelario quedaba así incólume.

Poco después del desafío á Lino Ruiz, que no tuvo consecuencias, apareció el primer número de un periódico de Obeso titulado "LECTURAS PARA TI." Aspiraba nada menos con esta publicación que á

hacerse amar de una señorita, que seguramente no lo conocía siquiera. A Obeso no se le hacía desistir de sus empresas, y como era de accesible para recibir consejos, y dócil para soportar reprensiones amigables, así era también de obstinado en los errores que lo apasionaban y de incorregible en momentos de vehemencia. Su fantasía creó ese amor, y sin darse tregua, sin reflexionar un instante, resolvió publicarlo á las gentes, en prosa de períodos cortos, llenos de conceptos originales y con número semejante al del verso blanco; y en estrofas espontáneas, rebosantes de personalidad, con intimidades del corazón como dichas al oído. Y si creía que su estro propio flaqueaba, antes que retroceder, se arrojaba á los senos de las literaturas extranjeras para sacar puñados de perlas que él pulía, con el más delicado esmero, y presentaba á su dama engarzadas en formas de un puro sabor castellano. En ese periódico hay, además, un impulso de rabia que se desata en largo sollozo. Es cuando el poeta considera las diferencias de raza, las desigualdades de fortuna, la desgraciada condición del talento en Colombia; y la prosperidad creciente de la capa espumosa, inconsistente, banal, de esta sociedad hipócrita, que para valuar á los hombres no se asoma á la cabeza sino al bolsillo; sociedad concupiscente y egoísta, que vive llena de harturas en medio de un pueblo miserable. Obeso sentía

en sus músculos de titán las mordeduras sociales, porque era negro, pobre y poeta; mas no se resignaba á tolerar el insulto, ya verdadero ó ya imaginado, y con su hoja ardiente daba en el rostro á la turba de presuntuosos de la clase rica, que tienen el descaro de llamarse nobles porque son judíos; devotos de la aritmética y no de las dulces Musas, que viven sin corazón, porque lo guardaron desde su más tierna infancia en una caja de hierro.

Ese amor caprichoso de las "LECTURAS PARA TI," que los amigos de Obeso creíamos al principio un pasatiempo literario, fué más allá del límite supuesto, porque en ocasiones lo dominaba hasta hacerlo perder tristemente el juicio. A última hora, deseó la presea aristocrática para satisfacer un apetito de vanidad, más bien que una pasión bien nacida, pues creía sinceramente que el público se hallaba interesado en su empresa, y su indómito orgullo no toleraba que los espectadores se retiraran sin presenciar su triunfo. Multitud de ideas contradictorias lo mortificaron, porque tan pronto se creyó correspondido como engañado; oyendo delante del Notario la promesa de la novia, ó abochornado por las calabazas de la dama. Miraba tristemente su piel en horas de angustia y se le oía decir:

—Hé aquí mi desgracia!

A socorrerlo eficazmente vino por este tiempo

otro poeta. La más sincera amistad ligó á Obeso con Antonio José Restrepo. Se conocieron días antes, cambiaron sus versos, se contaron su historia, y hé allí dos camaradas que no debían tener después la más ligera contrariedad en su cariño recíproco. Para tender la mano de amigo estaba listo Candelario, y uno sabía que contaba desde entonces con dos manos más para defenderse, con otra nueva cabeza para pensar, con un pecho que era todo de uno; en fin, con el milagro de una doble existencia. Sin que fueran parte á entibiarlo la desemejanza de creencias y de gustos literarios, porque él, que esperaba en Dios y en la inmortalidad del alma, tenía entre sus amigos predilectos, los más queridos quizá, á más de un ateo y á más de un materialista; él que sentía aguijones académicos y debilidades clásicas, amaba sobre toda ponderación á cerebros independientes, de fuerza progresiva y revolucionaria, como los de Diógenes A. Arrieta y Antonio José Restrepo.

Este último quiso curarlo de ese amor, por lo estrafalario, casi fantástico, y empleó los buenos versos, que eran el único récipe adecuado para las dolencias morales de Candelario, porque acostumbró su inteligencia á comprender mejor lo que revestía los velos de la prosodia. Restrepo le dijo enojado y cariñoso:

No más cantos, no más ; si la hermosura
Por otro, no por tí, de amor suspira ;
Si no hay para tu negra desventura
Una sola mirada de ternura
Que haga vibrar las cuerdas de tu lira ;

Si tu alma de poeta su ambrosía
Esparce en las arenas del desierto ;
Si tu eterna y tenaz melancolía
No ha de trocarse nunca en alegría ;
Si náufrago tu amor no hallará puerto ;

Si las flores que arrancas á tu mente
Para guirnalda de su sien de diosa
Son holladas con planta indiferente;
Si no ha de refrescar tu mustia frente
El rocío de su alma candorosa ;

Echa sobre su cuerpo una mortaja,
Toma las vestiduras de un querube ;
Que del revuelto mundo en la baraja
Ella es la carne que al sepulcro baja,
Tú eres el genio que á los cielos sube.

Esta valiente poesía le impresionó y lo hizo reflexionar. Las "LECTURAS PARA TI" se acabaron y Obeso volvió á encontrar su asiento calmado junto al costurero de Zenaida.

Ya la he nombrado. Esta buena joven fué la compañera de Candelario durante catorce años. Cuando salió del Colegio en 1867 se encontró solo; muy lleno de proyectos, pero sin rumbo; con deseo de obrar, de agitarse, pero sin dinero, que es el aceite de la máquina humana. Su vida fué en breve borrascosa. El antiguo estudiante era un calavera de esos á quienes si el sol alumbra la luna no desampara, con lo cual quiero nombrar á un redomado tunante. Sin embargo, la irritadora orgía no maleaba sus sentimientos, que eran incorruptibles, ni minaba su organismo de cíclope. El vino parecía ungir tan sólo sus músculos de atleta. Cuando Bogotá lo hostigaba emprendía largos viajes en busca de mucho sol, de grandes bosques y de aguas caudalosas. Los viajes no agravaban sus gastos, porque los hacía á pie y sin dinero en el bolsillo. Un día el amor se le apareció en traje de *dentrodera:* una fresca muchacha del pueblo, de catorce años, respondió á los requiebros del negro, con esa esquivez sin arrogancia que es por donde principia el consentimiento. Los enamorados se entendieron y fundaron la casa que todos los bogotanos conocían bajo la razón social de Obeso & Zenaida.

Una aventura curiosa le ocurrió á Candelario al principio de estos amores. Zenaida trabajaba con su madre en una casa vecina á la de Rojas Garrido.

En ese tiempo el grande orador figuraba como candidato para Presidente de la República, y su nombre era muy combatido. Obeso deseó una noche conversar con Zenaida, y como no disponía de las llaves de la puerta, resolvió dirigirse por los tejados al lugar de su amada. Escaló una tapia y anduvo por los techos con muchas precauciones. Se había quitado los botines para no hacer ruido y llevaba un revolvers en la mano en previsión de ataque. Todo marcha bien un momento, pero al pasar sobre la casa de Rojas Garrido los perros ladran, la servidumbre se levanta sobresaltada, el poeta deja caer el revolvers al patio y emprende la fuga precipitada por el caballete de las casas, como un gato gigantesco, para ocultar no su crimen sino la vergüenza de su falta. Al otro día los amigos de la candidatura de Rojas publicaron la noticia de una tentativa de asesinato en la persona de este ciudadano, por odios políticos, y prometieron que los pormenores del siniestro plan los descubriría bien pronto la justicia. En efecto, los jueces se hicieron cargo del asunto. ¿Qué hacer en este caso? Obeso tenía seguridad de ser descubierto, y se hallaba perplejo entre confesar el objeto de su extraña escursión nocturna, ó declararse verdaderamente culpable. Lo uno no era decente; lo otro era estúpido. Tomó un tercer partido y se encerró en su buahardilla por tres días. Al cabo de ese

tiempo salió de allí con un rollo de manuscritos debajo del brazo y se dirigió á casa de Rojas Garrido.

—Tenga la bondad de sentarse, le dijo Rojas. ¿A qué puedo atribuir el placer de esta visita?

Candelario tomó una silla.

—Maestro, respondió, me trae un asunto muy grave. ¿Es verdad que hace tres días intentaron asesinarlo?

—Es evidente, contestó Rojas.

—Y se conoce el nombre del responsable?

—La policía está sobre la pista: se ha reconocido el revolvers y de aquí á mañana tendremos entre las manos al asesino.

—Pues es lo que no sucederá, Maestro, repuso Candelario con voz grave.

Rojas miró á Obeso de pies á cabeza.

—Qué dice usted? le preguntó sorprendido.

—Digo que no se buscará más al supuesto asesino, porque usted no lo ha de permitir.

—Nada comprendo, absolutamente.

—Pues lea estos papeles, dijo Candelario, alargando á Rojas el rollo de manuscritos; ellos le darán alguna luz.

Rojas Garrido leyó la carátula: "*Qué cosa sea el asesinato del doctor.....*, *Novela que responde á ciertas cosas del día, por C. Obeso.*" Después, colo-

cándose los anteojos, empezó á leer la primera página. De pronto arrojó sobre la alfombra las hojas de papel.

—Usted se atreve?.....

—Me atrevo, querido Maestro. La justicia me está haciendo una novela y yo se la hago á usted; pero vengo á proponerle una transacción: nada más fácil para Rojas Garrido que hacer suspender una causa injusta, ni nada más sencillo para Candelario Obeso que volver trizas una mala novela. Con que así... ..

Como Rojas Garrido estuviera cada vez más sorprendido, Candelario le contó su aventura con todos los pormenores, y le dijo cómo, en último extremo, había resuelto escribir esa novela para que la víctima intercediera por el culpable.

Lo oyó con atención Rojas y poco después la causa y la novela de Obeso desaparecieron á un tiempo.

Ya en Santa Marta, con motivo de otros amores, estuvo en la cárcel treinta días, y para vengarse de sus enemigos escribió y publicó una novela que se titula: "La familia Pigmalión," de la cual se conservan muy pocos ejemplares, porque la recogieron los interesados con un cuidado solícito.

Al lado de Zenaida, Obeso trabajaba, para ganarse la vida, Gramáticas, Robertsons, Aritméticas,

&c. &c. En una ocasión tradujo una Táctica militar que fué mirada con ojos piadosos por el Gobierno y produjo al poeta mil pesos de un solo golpe, con los cuales compró libros, muebles, flores, rancho, vino, linones y botas para Zenaida, y un vestido nuevo que extrenó con pompa y metiendo mucho ruido. Cuando las finanzas estaban en buen pie, como él mismo decía, la casa del poeta adquiría holgura: los escaparates se llenaban de bujerías, el patio se engalanaba con tiestos de flores nuevas, la mesa era opípara y en los rincones de la despensa había rimeros de botellas de buen vino y de excelente coñac. Durante los largos períodos de insolvencia la casa engalanada iba quedándose poco á poco vacía, porque todo pasaba á poder de los usureros: libros y ropa, joyas y muebles, las flores del patio y las pinturas de la pared, sin que quedara otra cosa que la máquina *Domestic* que Zenaida volteaba incesantemente en el costurero, al compás de un cantar largo y perezoso, con que la cabeza de los pobres se desvanece en lánguida indiferencia. El mismo Obeso salía muchas veces con líos de ropa hecha por Zenaida, ya al comenzar la noche, para venderla por cualquier cosa ó dársela en empeño á un israelita ladrón; volvía de continuo sin un solo real en el bolsillo, y colocándose sobre un cajón, su único taburete entonces, mojaba la pluma de oro que yo le había dado y que jamás

quiso vender ni empeñar, y comenzaba ó proseguía esos laboriosos trabajos didácticos de encargo, con los cuales conseguía ocho ó diez pesos para hacer mercado los viernes.

Trabajaba con mucho escrúpulo ; con un pudor literario enteramente virginal. Su pensamiento era maduro, sus frases ensayaban tres ó cuatro vestidos antes de tomar la forma definitiva. Destilaba su idea lentamente como una rica esencia y retocaba y pulía el lenguaje hasta quedar satisfecho él mismo. Por donde se viene á comprender que era, si fecundo, sobrio ; más bien calmado que bullicioso ; de pulso tranquilo ; el reverso de los literatos abrumantes, que escriben ochenta mil páginas y ponen la lengua y las ideas en bancarrota. Remolinos de viento, sin estilo ni dirección, á quienes toda la vida les falta el bautismo y no pueden diferenciarse jamás de la masa gruesa y vulgar de sus consumidores.

Solamente un gran sufrimiento ó un largo viaje interrumpía los trabajos de Obeso. La muerte le arrebataba sus hijos de pocos días de nacidos y sufría cruelmente. Cuando murió su último niño, estaba en la más absoluta miseria, á tal punto que no tenía con qué comprar drogas, ni tuvo lo preciso para mandarle hacer un ataúd. Tomó al pequeñuelo debajo del brazo, envuelto en una sábana, y se dirigió á una agencia

mortuoria. Solicitó un cajoncito fiado, y como se lo rehusaran, dejó en depósito el cadáver de su hijo, mientras iba á conseguir en la calle con qué pagar el ataúd. Después con el pequeño bulto debajo del brazo se fué al cementerio, relativamente feliz por haber conseguido una caja de cuatro pesos, diez reales que cuesta el derecho á un hoyo en el panteón y una cruz ordinaria de madera para señalar la sepultura.

El Gobierno lo nombró Cónsul en Tours, dos veces, y fué á Europa en 1881. Se embarcó en tercera clase en un buque francés y llegó al Havre sin un real. Al saltar á tierra un golpe de viento le arrojó el sombrero á la mar, y hé allí al poeta sin blanca en el bolsillo y sin sombrero en la cabeza. Un compatriota, que hacía la travesía con él, le prestó con qué cubrirse; otro le facilitó un tiquete de ferrocarril, y al amanecer estaba Obeso en París, perdido en esa inmensa capital del mundo, solicitando por la casa de algún amigo que lo guiara en el enorme laberinto. Dió al fin con un paisano, que se alegró muchísimo de verle, y que lo llevó por la noche al baile público de Bullier. Allí pasó el negro por un brasilero, mercader en diamantes, y las *cocottes*, que creyeron esta broma, se disputaban el honor de agasajarlo y de atraerlo. Una de ellas le cayó en gracia al *millonario*, quien la

acompañó á su casa y se hizo el mejor de sus amigos. La muchacha creía hacer un gran negocio en sus relaciones con el brasilero; seguramente soñó con ajorcas de diamantes y puñados de oro; con viajes románticos á la América y aun con un matrimonio fabuloso. Pasados cuatro días quiso saber á qué atenerse y le mandó pedir en préstamo cuarenta luises. La respuesta de Candelario fué espantosamente lacónica:

—Hija, le decía: *¡ estoy en la lata !*

No faltó quien le explicara á la dama que esto quería decir que el supuesto comerciante era un pobre de solemnidad.

Al regresar á Colombia escribió su poema titulado "LUCHA DE LA VIDA," que consta de 152 páginas. Estaba agotado por una disenteria aguda y abatido por la miseria, de modo que muchas veces no podía comprar el vaso de leche cruda que soportaba su estómago diariamente. Bajo estos auspicios, esa obra tenía que ser pesimista, y lo es mucho. Como poema dramático carece de combinación, porque Candelario no podía desarrollar con novedad y desembarazo un argumento complicado. Presentaba á la escena muchedumbre de personajes con los cuales no sabía después qué hacer, y los eclipsaba á destiempo: ó cuando empezaban á interesar al lector, ó demasiado tarde. Por otra parte, "LA LUCHA DE LA

VIDA" es un golpe de vista sobre la sociedad, bien penetrante, y la historia elocuente de los íntimos dolores del poeta. Sólo agregaré que pinta allí personajes reales, que yo podría señalar con el dedo, y cuadros fielmente trascritos de la vida bogotana.

En ese poema está ya determinado y persistente el hastío de la vida. El poeta, bajo el nombre de Gabriel, se queja amargamente de su suerte y aspira á morir con cierta especie de voluptuosidad. Se siente grande por la inteligencia, pero la piel negra lo quema como un baño de fuego, y entonces desmaya. ¡Infortunado poeta! Con su cuerpo negro y su cerebro resplandeciente, era un arrecife que tenía un faro.

En 1881 quiso suicidarse. Era muy de mañana cuando fué á buscarme á mi casa, con el pretexto de que se iba en ese día para el extranjero. Salimos á tomarnos un trago de despedida y lo noté muy preocupado.

—¿Qué tienes, Candelario? le pregunté.

—Estoy triste; ya se vé: es tan penoso dejar á Bogotá! .....

Sentados conversámos largamente. Cuando dieron las nueve en la Catedral me dijo que era hora de partir y me entregó una cartera.

—Consérvala en mi nombre, me dijo; la he comprado para tí, pero prométeme que no la abrirás hasta mañana.

—¿ Y por qué ?

—Es un secreto que adivinarás más tarde.

Se lo prometí como deseaba, y él me dejó por un momento para recibir en un almacén algo que necesitaba para el viaje. Yo tenía la cartera en mi mano y no pude vencer la tentación de abrirla. Me sorprendió lo que estaba escrito allí dentro : era la despedida del que se va á morir, un testamento formal que hacía Candelario. Me puse en la calle precipitadamente y fuí á buscarlo. Al llegar á la primera de Florián oí el ruido de un disparo cercano, á media cuadra de distancia. Fuí allá. El proyectil había desgarrado el techo de una casa y caía sobre la acera una nube de polvo que tapaba los objetos. Cuando el viento desvaneció el polvo, ví á mi amigo de pie, con un rifle en la mano, el rostro ensangrentado y parte del cabello ardido. Llegué á tiempo para arrebatarle el arma que quería usar de nuevo, porque no había acertado la primera vez. Lo llené de reproches, y él exclamó solamente :

—Soy muy estúpido ; debí apuntarme á la cabeza y nó al pecho ; otro día será ! .....

Ese día llegó, por desgracia, el 29 de Junio de 1884. A media noche se disparó en las entrañas una pistola remington. Se sabe el resto. Tres días de dolorosa agonía soportados con un valor ínclito ; nada de sacerdotes ni plegarias á la cabecera del lecho ;

su vida que se apaga en un beso sobre la frente de Zenaida ; un modesto entierro civil, y en el panteón el número 322, que señala la tumba del poeta.

Candelario Obeso tomó la muerte por su propia mano en vez de esperarla calmado. " El libre muere ufano ; " yo no le culpo, porque cada uno tiene el derecho de dejar la vida aunque sea por el escotillón.

JUAN DE D. URIBE.

Bogotá, 10 de Febrero de 1886.

EN LA MUERTE DE CANDELARIO OBESO.

Obeso ! alguna vez la musa mía
Pensando en tus dolores,
Supo dictarme aquella poesía,
Que acalló la profana vocería
Con que el vulgo humillaba tus amores.

Yo te llamé al camino de la gloria
A tu ambición abierto ;
Te mostré el cielo y te mostré la escoria,
Y el lazo de esta vida aleatoria
Donde tu pobre corazón ha muerto.

Aquella vez alzaste la cabeza
Y brilló tu mirada
Con la soberbia luz de la grandeza,
Con la arrogante, varonil firmeza
Que hasta á las mismas penas anonada ;

Y extendiendo tu brazo al infinito
Azul del firmamento
Borraste un nombre en tu memoria escrito,
Nombre ominoso yá—pero bendito—
Para hacer el solemne juramento ;—

"De luchar hasta el fin de la pelea
Como leal soldado ;
De ser como el Herrero de la aldea,
Que en el hierro que bate y que caldea
Hace brillar el pensamiento alado ;

De dominar instintos y pasiones
Con la razón por guía ;
De arrostrar tempestades y aquilones ;
De limar—trabajando—las prisiones
De esta cárcel de horror muda y sombría ;

Y de cantar al fin en las alturas
El secular hossana
Del que depone, con las manos puras,
En la tumba las limpias vestiduras
Que llevó erguido en la tragedia humana."

Y ahora estás ahí !...Ya no pregona
Tu lira de poeta
La excelencia y virtud de tu Madona, (a)
Ni el perezoso ribereño entona
Los dulces cantos de tu musa inquieta, (b)

(a) "Lecturas para tí."

(b) "Cantos populares de mi tierra."

Ni depuestos los bélicos arreos,
En el combate ajados,
Buscarás nuevos lauros y trofeos
Trocando los cuarteles en liceos
Y enseñando la ciencia á tus soldados.

Como tampoco escucharás las horas
En el reloj tardías
Componiendo *Baladas y Doloras;*
Ni alegrarán tus lúgubres auroras
De *Otelo* las grandiosas armonías.

Otelo !..... Sombra para tí sublime,
Impiedad de los celos
Que el amor de Desdémona redime,
Serpiente silbadora que te oprime,
Que lleva en sus anillos tus anhelos !.....

El cantor de *La Lucha de la Vida,*
El vigoroso y fuerte,
Fué de su mismo sér el homicida;
Cambió el campo de acción con su partida
Y hoy lucha con las sombras de la muerte.

Saciado habrá los únicos rencores
De su alma grande y buena;
Él no era de los nobles y señores
Y el parangón de razas y colores
Fué su constante y maldecida pena;

Como si en esa mísera crujía,
Donde ya en paz reposa,
—En vasta y silenciosa compañía—
Hubiera otra sagrada gerarquía
Que el nombre que dejamos en la losa.

Y el que de humilde cuna se levanta
Y con bellas acciones
El negro de su cutis abrillanta,
Ufano puede adelantar su planta
Al solio, á la tribuna y los salones.

Este próvido suelo colombiano
Tiene un cenit inmenso,
Y hay para todo sol un meridiano,
Y para todo huérfano un hermano,
Y para todo altar el mismo incienso.

Y tú, feliz constelación de ideas,
Huérfano gemebundo,
En el camino del honor flaqueas,
Desciendes de las órbitas febeas
Para robarnos el calor de un mundo.....!

Ah! si cumplido hubieras la promesa
Que te recuerdo ahora
Con voz amiga y con el alma opresa,
Este reproche que en mis labios pesa
No avivara el dolor que me devora.

Mas la impaciencia te acechó cobarde
Y en infernal celada
Te venció sin estrépito ni alarde :
—La gloria viene demasiado tarde,
Duérme más bien el sueño de la nada.

Hiciste tu querer : así te plugo
Y el libre muere ufano ;
Descansa en paz : ya no vendrá el verdugo,
De Dios y el Rey bajo el protervo yugo,
A manchar tu cadáver con su mano.

Havre—1884.

ANTONIO JOSÉ RESTREPO.

NOTA

A LOS "CANTOS POPULARES DE MI TIERRA."

Como una muestra de lo que son los cantares que Obeso tituló de este modo, va de ejemplo la siguiente poesía, que es una de las muchas buenas que adornan el librito. De los *Cantos Populares*, habló un sabio alemán con señaladas pruebas de respeto.

CANCIÓN DEL BOGA AUSENTE.

Qué trijte que ejtá la noche,
La noche qué trijte ejtá!
No hay en er cielo un ejtreya.....
Remá! remá!

La negra re mi arma mía,
Mientra yo brego en la má,
Bañao en suró por eya,
Qué hará? qué hará?

Tar vej por su zambo amao,
Doriente sujpirará ;
O tar vej ni me recuecda.....
Yorá ! yorá !
La j'embra son como toro
Lo r'ejta tierra ejgraciá,
Con acte se saca er peje
Der má, der má.

Con acte s' abranda er jierro,
Se roma la mapañá,
Cojtante y ficmej la penaj ;
No hay má ; no hay má...

Qué ejcura que ejtá la noche,
La noche qué ejcura ejtá!
Asina ejcura éj l' ausencia...
Bogá ! bogá !